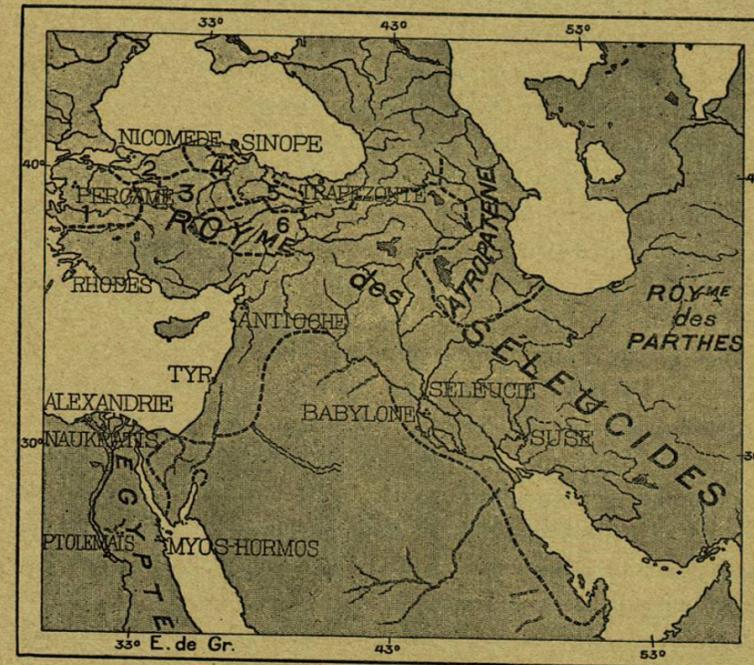


poco á poco por el lado de Occidente y se anexionaba sucesivamente territorio tras territorio. Uno de esos cuerpos políticos, el más poderoso y el más sólidamente establecido, opuso obstinada resistencia á

N.º 177. Reinos de los Seléucidas y de Asia Menor.



- |                      |                |               |
|----------------------|----------------|---------------|
| 1. Reino de Pérgamo. | 3. Galacia.    | 5. Ponto.     |
| 2. Bitinia.          | 4. Paflagonia. | 6. Capadocia. |

El límite de los reinos se refiere á una fecha de ciento veinte años posterior á la muerte de Alejandro. Varios territorios helenizados: Sinopia, Trebisonda, diversas islas del mar Egeo, Rodas, la Caria, etc., eran independientes de esos reinos.

la conquista romana. Defendido el Oeste por la línea estratégica del río Halys, apoyado por aliados que ocupaban gran parte del contorno del mar Negro, incluso la península de la Tauride y Armenia hasta

el mar Caspio, el reino del Ponto sólo fué subyugado tras largos años de luchas<sup>1</sup>.

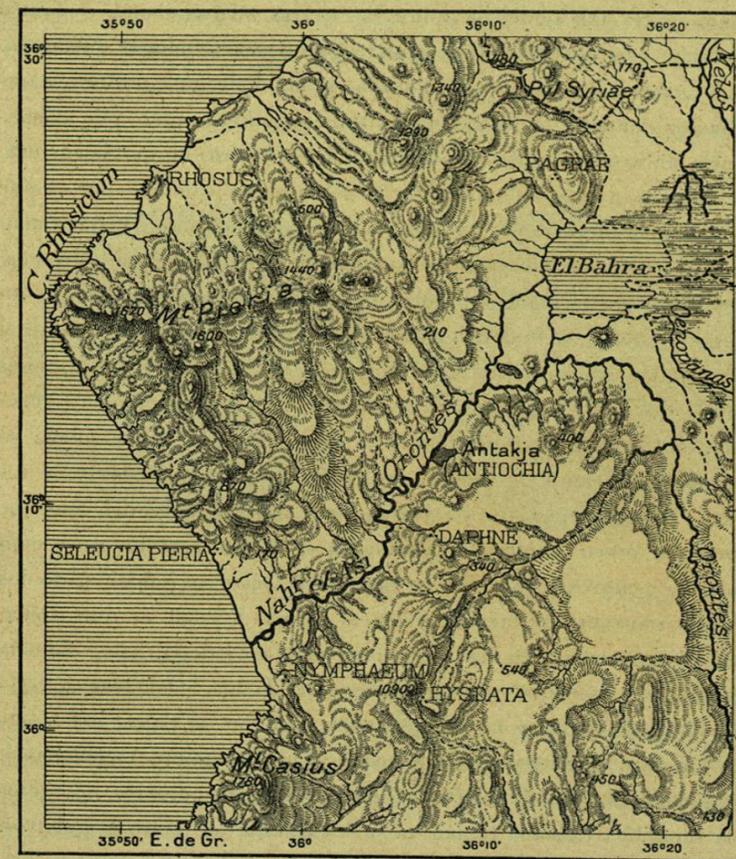
En la historia del mundo, el más importante de los reinos de Asia Menor, gracias á la parte que tomó en la difusión de la civilización helénica, fué el de Pérgamo, donde se erigieron tan bellos monumentos, ricos en estatuas y en bajos relieves, donde vivieron historiadores y sabios, continuadores de los grandes hombres de Mileto y de Atenas, y donde se reunieron los preciosos «pergamino» de la más grande biblioteca de la Antigüedad después de Alejandría.

El imperio de que Babilonia era el centro tocó en parte á los Seléucidas, y debió á sus sólidos fundamentos geográficos persistir más de dos siglos; puede decirse que no desapareció sino para ser reemplazado por otro Estado que afirmó también su independencia frente á frente de Roma. Fuera de la península anatólica, todo el inmenso territorio que Alejandro se había trazado y apropiado en el continente de Asia quedó incorporado al nuevo reino, y sus fronteras hacia el Nordeste, abrazando las cuencas del Oxus y del Iaxartes, se determinaron más claramente del lado de las misteriosas comarcas del Extremo Oriente. Por más allá de las mesetas de la Irania, Seleuco Nicator, el «Vencedor», hasta quiso exceder á su señor Alejandro, y se dice que, en su expedición á las Indias, llegó hasta el río sagrado, el Ganga; pero nutridos con la civilización helénica y deseosos de reclutar sus fuerzas en la patria común de los soldados mercenarios, los Seléucidas no conservaron su residencia principal en la Mesopotamia, ni tampoco en la Babilonia antigua, ni en una ciudad moderna como Seleucia, sino cediendo á la fuerza de atracción de Grecia, fundaron una segunda capital, Antioquía, cerca del golfo de Alejandreta, en el punto que dominan las Puertas de Cilicia y los caminos convergentes de Siria y del Asia Menor. Este lugar, admirablemente escogido, á la salida del rico valle del Orontes y en el punto del litoral marítimo más aproximado á la gran curva del Eufrates, ofrecía todas las condiciones favorables para una gran prosperidad: de ese modo se desarrolló allí rápidamente una ciudad que alcanzó una importancia mundial y llegó á ser pronto una Tetrápolis ó «ciudad cuádruple»,

<sup>1</sup> Véase el mapa n.º 101, pág. 19, *Imperio de Mitridates*.

que recibía numerosos emigrantes: Sirios, Judíos, Arabes, Armenios, Persas y hasta Hindus; sin embargo, lo que le dió su carácter por

N.º 178. Antioquía de Siria.



1 : 500 000  
0 10 20 30 Kil.

El gran camino de Europa en Asia franqueó el Amanus en la Puerta Amanicana ó Puerta de Siria á una treintena de kilómetros al norte de Antioquía.

excelencia fué la entrada de todos los elementos del pensamiento asiático en la forma que les proporcionaba la lengua y la cultura

helénicas. Antioquía fué, como Rodas y Tarso, como Pérgamo y Alejandría, una de las escuelas del mundo mediterráneo del Oriente.

Pero todo se paga. Acercándose á Grecia, la capital de los Seléucidas se había alejado del centro natural del imperio y no había ya una presa tan poderosa sobre las tierras lejanas, hacia el centro del Asia. Los dos focos de la gran elipse poseían ventajas diferentes, el del Oeste una cultura más elevada, el del Este un equilibrio natural mejor sentado, y el abandono de este último tuvo por consecuencia un rápido empequeñecimiento del territorio de los Seléucidas. Las llanuras nord-occidentales de la India y los caminos por donde se llega á las mesetas se olvidaron pronto; asimismo, la Bactriana, aunque permaneciendo bajo la dominación de los príncipes griegos, seléucidas y hasta lagidas durante un instante — bajo Ptolomeo Evergetes, — recobró su independencia é hizo perder á los ribereños del Mediterráneo las preciosas relaciones de tráfico que, sobre los grandes macizos del centro del Asia, comenzaban á trabarse con las poblaciones del mundo chino<sup>1</sup>. Entre la Bactriana y la Mesopotamia se interpuso hasta un nuevo reino, resucitado del de los Medas y de los Persas, la monarquía de los Partos, que, por el lado del Este, se disponía á tomar contra los Seléucidas el mismo carácter de vecino celoso y peligroso que por la parte del Oeste se habían dado los ejércitos romanos en marcha hacia el Asia. Verdad es que Roma, sabia en diplomacia, en una carta redactada en griego, había dado la seguridad de su eterna amistad al segundo de los Seléucidas, á condición de que la paz y la independencia de Ilión, la patria del «piadoso Eneas», el antepasado legendario, fuesen siempre respetadas<sup>2</sup>. Veintiún siglos antes de nuestros diplomáticos, los políticos prudentes de la república Romana tenían ya su «Cuestión del Santo Sepulcro».

Reducido á la defensiva, el reino de los Seleucos y de los Antiochos acabó por no contener más que sus dos elementos primitivos, el núcleo mesopotámico y el litoral de Siria; todavía se produjeron rebeldías sin cesar en ese territorio empequeñecido, y se vió al pequeño país de la Judea hacer frente á los ejércitos sirios, y hasta lograr, bajo los Macabeos, reconstituir su independencia, en apariencia

<sup>1</sup> J. P. Mahaffy, *The Empire of the Ptolemies*, p. 199.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 203.

al menos, porque la mano de Roma se había hecho sentir hasta en esa región lejana, tan importante como tierra de transición entre la cuenca del Eufrates y la del Nilo. Judea, á la que sus montañas y la cortadura profunda del Jordán hacían muy á propósito para la defensa, lo mismo que la región del Líbano y de la Cœlo-Siria, era naturalmente un lugar en litigio disputado por las dos grandes potencias limítrofes. Excepto un corto período de invasión siria, había estado primeramente sometida á los Ptolomeos, que tenían interés en tratar



Biblioteca Nacional.

Cl. Giraudon.

MEDALLA DE EUCRÁTIDES, REY DE BACTRIANA, ANVERSO Y REVERSO  
SIGLO II ANTES DE J. C.

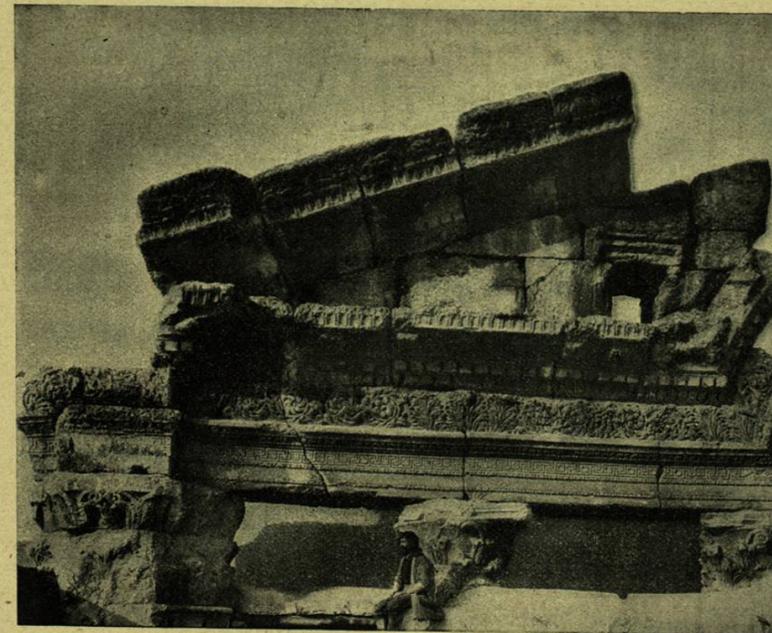
con prudencia un territorio tan diferente del suyo; pero cuando Antiocho Epifanes, rey de Siria, llegó á elevar altar contra altar, y las civilizaciones chocaron entre sí, helenismo contra judaísmo, la explosión del espíritu nacional fué bastante fuerte para dar la victoria á los insurrectos de Judea.

Así, cada parte del imperio, por intrigas y alianzas con los generales romanos, contribuía á su disgregación y por último á la ruina definitiva de Siria. Lo que impidió que los Seléucidas pudieran resistir enérgicamente al poder de Roma, fué que permanecieron extranjeros entre los pueblos de su dominio. No habían echado raíces en el país que dominaban. Griegos y no Orientales, continuaron buscando su punto de apoyo en el mundo griego; las tropas de que se servían para conservar sus súbditos en la obediencia se componían de merce-

narios venidos de Europa, Helenos, Macedonios ó Tracios. Estos inmigrantes, retenidos en sus campos ó sus fortalezas, no fundaban familias adscriptas á la tierra: lo mismo que sus soberanos, no se naturalizaban; el «matrimonio de Europa y de Asia», que Alejandro había hecho celebrar simbólicamente en Babilonia, no había llegado á ser una realidad viviente. Del mismo modo los Cruzados, después, á pesar de sus batallas victoriosas y sus conquistas, no fueron jamás en sus reinos de Tierra Santa sino plantas desarraigadas. Cuando Roma, convertida en dueña de Grecia, hubo prohibido la exportación de los soldados, Siria, lo mismo que Egipto, se halló sin ejército, entregada de antemano á los procónsules<sup>1</sup>. Les dejaba en herencia su gran ciudad de Antioquía, que, á lo menos, tenía su originalidad propia como crisol de nueva formación para todos los pueblos de Oriente.

Ptolomeo, en quien recayó la satrapía de Egipto después de la muerte de Alejandro, parece haber tenido una singular habilidad como adulator del clero, por cuyo medio quiso asegurarse la confianza del pueblo esclavizado. Su primer cuidado consistió en edificar templos absolutamente conformes al canon de la arquitectura religiosa. Cuando el misterio de los jeroglíficos era todavía ignorado de los viajeros europeos, éstos, no viendo absolutamente ninguna forma griega en los monumentos construídos por orden de Ptolomeo, se imaginaron que esos edificios eran puramente egipcios. Se necesitó la interpretación de las inscripciones para revelar que los templos de Edfu, de Esneh, de Denderah y de Philæ no tenían origen antiguo y que su constructor era el conquistador heleno, el rey mismo, cuya estatua arrodillada se veía presentando la Verdad á la diosa Pachi. Sin duda el nuevo rey no se dió la pena de profundizar el sentido preciso de los símbolos figurados en su nombre; le bastaba con hacerlos reproducir escrupulosamente y con abundancia. Pues á él y á los otros Ptolomeos debe Egipto el mayor número de los templos que le quedan. Si los Persas habían sido brutales é imprudentes destruyendo los edificios religiosos de los Egipcios, los Lagidas, por el contrario, procedieron con prudencia y consideración respecto de los vencidos.

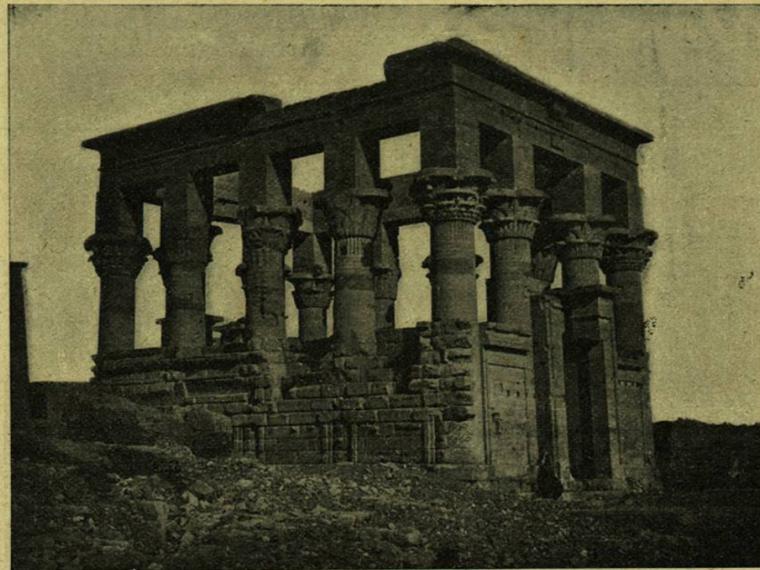
<sup>1</sup> Michelet, *Histoire romaine*, t. II, p. 59.



FRONTÓN DE UN TEMPLO EN DAMASCO

Cl. Bonfilis.

Después de haber dado á sus súbditos amplia satisfacción religiosa, el primer Ptolomeo, representante del medio histórico, se ocupó de conciliarse sus compatriotas y compañeros los Griegos y los Macedonios. Se trataba de transformarles en Egipcios, conforme á su ejemplo, y de hacerles adorar los mismos dioses: nada más fácil, por otra parte, porque las personas divinas, fuerzas de la naturaleza, que deben su forma á la imaginación de los hombres, se modifican incessantemente y cambian de atributos, comparables á las nubes que se amontonan ó se disuelven en el cielo. Dioses griegos y dioses egipcios se confundieron, lo mismo que precedentemente se habían unido ó desdoblado tantos dioses solares, tantas diosas de las mieses ó del amor. La gran divinidad que vió nacer Alejandría y á la que se elevó el templo más rico de la ciudad, se halló que reunía en sí el antiguo Phtah, el dios de Menfis, su representante de origen asiático, el buey Apis, después el gran Osiris, que era á la vez el Sol, el Nilo,



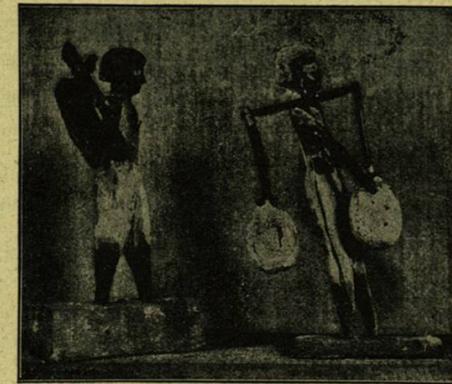
TEMPLO DE PHILÆ

Cl. Bonfils.

la fecundidad de las tierras y al que se había asociado el misterioso Hades de los Griegos, que reina en las profundidades tenebrosas de la Tierra. Ese dios complejo y múltiple Osir-Napi ó Serapis era suficientemente extensible para fundirse en lo sucesivo con tantos dioses nuevos, Mitra, Jesucristo, el Verbo, el Paracleto, que podían reclamar de ellos el misticismo ó la filosofía: en esa vaguedad infinita el ser y el no ser tenían igualmente su lugar.

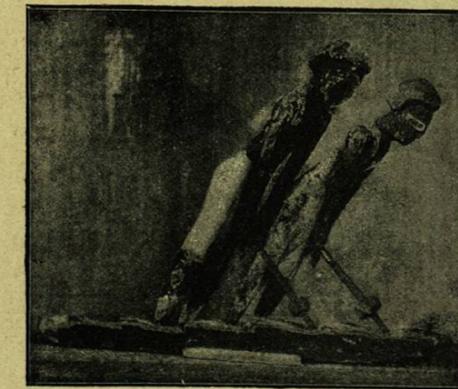
Es un hecho notable que Serapis resume en su inmensidad divina los tres grandes dioses, manifestación especial de una sola y misma divinidad, dueña de todas las cosas. Impotente para resentir la misma adoración por todos los dioses, el espíritu de la multitud les personificaba en tres jefes de grupo: en ellos se concentraba todo el fervor de fe que sube de los humanos. ¿No puede verse simbólicamente en esas tres personas de Serapis el dios del Cielo, el de la Tierra y el de los Infernos? ¿No se les puede también asimilar al Señor del Pasado, al Regulador del Presente y al Poseedor de los secretos del Porvenir? Siendo las concepciones de la Divinidad necesariamente

flotantes como el sueño, sin límite alguno que los precisara, los atributos de la Trinidad egipcia se convirtieron fácilmente en los de la Trimurti hinda: Brahma, el Creador; Vichnú, el Conservador, y Siva, el Destructor. El carácter indeciso de las personas celestes, que de siglo en siglo y de pueblo en pueblo cambian de nombre y de atributos, debía facilitar, sea la reducción, sea la extensión de las «hipostasis» del dios único. Así fué como entre los Judíos antiguos se hallaba la divinidad naturalmente descompuesta



ANTINOE: AGUADOR Y LABRADOR CON SU AZADA AL HOMBRO

Grupo en tierra cocida que data del período romano.



ANTINOE: EL LABRADO DE LOS CAMPOS

Grupo en tierra cocida.

en dos personajes, Yahveh y su pareja, adorado en el mismo templo; su mujer representada en los textos torturados del Antiguo Testamento por el Ruah, el Espíritu, del que se ha hecho también el Espíritu Santo. Del mismo modo, entre los Moabitas, el dios Kamoch, que ofrece tanta semejanza con el Yahveh de los Judíos, tenía á Astar Kamoch por diosa consorte. ¿No se ha unido después realmente, durante la evolución del culto católico, y á pesar del dogma oficial, la Virgen Inmaculada, «Madre de Dios», en las oraciones de los fieles, á las tres personas de la Trinidad? ¿Y no ha venido á ser ella, además, para la mayoría de los que la